LA SANTA MISA, CENTRO DE LA ACTIVIDAD DE LA IGLESIA

JOSE LUIS ILLANES MAESTRE

"La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen del sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la liturgia misma impulsa a los fieles a que, alimentados con los sacramentos pascuales, sean concordes con la piedad, ruega a Dios que conserven en su vida lo que recibieron en la fe, y la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo" (1).

En esta frase, una de las más densas y ricas de la Constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia, encontramos recogida y formulada en sus líneas estructurales, una verdad cristiana fundamental: la centralidad de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y del cristiano, y la consiguiente mutua implicación de esas tres realidades. Esa mutua implicación en el orden del existir, trae consigo una implicación en el orden del conocer. De ahí una

(1) CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 10; un texto paralelo en el Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 5.

cierta dificultad con la que se encuentra todo el que aspira a intentar analizar y glosar ese tema, ya que toda visión de la Iglesia presupone una noción de la Eucaristía y de la vida cristiana, y viceversa, de modo que el tema aflora por entero con todos sus elementos desde el principio. Dificultad que sería insuperable, si no trajera por sí mismo su solución: esa mutua implicación hace que el tema pueda abordarse por cualquiera de sus diversas facetas, ya que cualquiera de ellas trae tras de sí todas las restantes. Comencemos pues por aquella que menciona en primer lugar el título de nuestro tema: La Santa Misa, la Eucaristía.

El misterio eucarístico

Preguntémonos pues: ¿qué es la Eucaristía? Ninguna respuesta más autorizada que la que nos da el propio Apóstol S. Pablo en la primera de sus cartas a los cristianos de Corinto: "Yo he recibido del Señor lo que os he trasmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía. Y asimismo, después de la cena, tomó el cáliz, diciendo: Este es el cáliz de la Nueva Alianza en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía. Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciais la muerte del Señor hasta que El venga" (2).

La Eucaristía, la Misa, es —diremos glosando esas palabras paulinas— un acontecimiento salvífico: un anuncio de la Muerte de Cristo en espera de la consumación futura de su victoria, y un anuncio que hace presente a aquello mismo a que se refiere, de modo que quienes comen el pan y beben el cáliz comen y beben el cuerpo y la sangre de Cristo para su propia salvación o condenación, según estén o no convenientemente dispuestos.

(2) 1 Cor 11, 23-26.

La regla de la fe definida en el Concilio de Trento, y recordada y reafirmada recientemente por Pablo VI en la encíclica *Mysterium fidei,* precisa los siguientes puntos fundamentales:

a) Por el misterio eucarístico se representa (no en un sentido escénico, sino real-sacramental: se hace presente) el sacrificio de la Cruz, consumado una vez para siempre en el Calvario, se mantiene su memoria hasta el fin de los tiempos y se aplica su virtud salvadora para la remisión de los pecados que diariamente cometemos. La Santa Misa es pues sacrificio verdaderamente propiciatorio, y no sólo de alabanza y acción de gracias. El carácter sacrificial de la Misa no deroga ni obscurece en modo alguno la singularidad del sacrificio del Calvario, único sacrificio de la Nueva Ley, sino que al contrario aplica sus frutos (3).

b) En el sacrificio de la Misa, por las palabras de la consagración, Cristo se hace sacramentalmente presente, para alimento de los fieles, bajo las especies de pan y vino. Cristo Nuestro Señor, verdadero Cristo y verdadero hombre, está presente según la integridad de su ser, es decir en cuerpo, sangre, alma y divinidad; y lo está —precisa el Concilio— verdadera, real y substancialmente; términos cuyo alcance se advierte con más claridad si recordamos que el texto conciliar los contrapone expresamente a una presencia meramente por vía de signo, figura y virtud o acción (4).

c) Esa presencia de Cristo se realiza por la conversión de toda la substancia del pan y toda la substancia del vino en la substancia del cuerpo y la sangre de Cristo, de modo que, después de la consagración, no permanecen ni la substancia del pan ni la del vino. Esta conversión singular y admirable —como la califica el propio Concilio de Trento, y a la que designa con el nombre

(3) Concilio de Trento, *Doctrina de ss. Missae sacrificio,* caps. 1 y 2, cánones 1, 3 y 4 (DS 1739-1743, 1751, 1753-1754).

(4) Concilio de Trento, *Decretum de ss. Eucharistia,* caps. 1 y 2, canon 1 (DS 1636, 1640, 1651).

de transubstanciación—, se sitúa a nivel substancial, permaneciendo pues las especies de pan y de vino, es decir el ser accidental, empírico y fenomenal del pan y del vino (5).

d) Cristo es no sólo la Víctima ofrecida, sino el Oferente por el ministerio del sacerdote que celebra. Para perpetuar el Sacrificio de la Cruz, Cristo dio a los Apóstoles y sus sucesores el poder de consagrar y ofrecer su Cuerpo y su Sangre, instituyendo al efecto un sacramento específico: el del orden. En la celebración de la Misa, el sacerdote actúa no como mero representante de la asamblea, sino en nombre y persona de Cristo. Es Cristo mismo quien se hace presente en sus ministros para operar con su virtud salvadora el sacrificio de la Eucaristía (6).

Para comprender en toda su integridad y hondura el alcance y el valor de la verdad que esas afirmaciones expresan, es necesario que la situemos en el contexto que le es propio. Los dogmas cristianos están íntimamente trabados entre sí, ya que todos ellos se refieren a aspectos y facetas del plan divino de elevación y salvación. El crecimiento en la vida de la fe consiste precisamente, en una de sus dimensiones, en la advertencia progresiva de esa profunda unidad de su contenido, de modo que las diversas verdades estén en nuestra mente no como mundos aislados sino trabados y relacionados entre sí, iluminándose unas a otras y engendrando un auténtico pensar en cristiano. Ello es especialmente necesario si se aspira a comprender el Sacrificio Eucarístico y su centralidad en la vida de la Iglesia, ya que la Eucaristía es, por así decir, punto de confluencia de la entera historia de la salvación y por tanto sólo se la comprende a fondo cuando se la sitúa con respecto a toda ella. De no ser así se corre el riesgo —como ha señalado Louis Bouyer (7)— de

(5) Cap. 4 y canon 2 (DS 1642, 1652).

(6) Concilio de Trento, *Doctrina de ss. Missae sacrificio*, caps. 1 y 2, canon 2 (DS 1740, 1743, 1752); *Doctrina de sacramento ordinis*, caps. 1 y 4, cánones 1, 3 y 4 (DS 1764, 1767, 1771, 1773, 1774).

(7) L. Bouyer, *Eucaristía. Teología y espiritualidad de la oración eucarística*, Barcelona 1968, pp. 19-20.

hacer una teología *sobre* la Eucaristía, es decir una reflexión que se acerque a ella desde el exterior, en lugar de una teología *de* la Eucaristía, es decir que proceda de ella, que nazca del interior de la realidad que la Eucaristía nos revela.

Ninguna manera mejor de situar el Sacrificio Eucarístico en el contexto que le es propio, que referirlo a la oración que ha acompañado siempre en la Iglesia su celebración: nos referimos, como es obvio, a esas grandes oraciones eucarísticas que en el oriente cristiano se designan con el nombre de anáforas, y que en la liturgia romana están integradas por la unidad de prefacio y canon. En ellas la Iglesia nos testimonia con qué actitud de espíritu recibe el don de la Eucaristía y cuáles son las verdades con que lo relaciona. No olvidemos por lo demás, que en sus orígenes, la palabra Eucaristía designaba no el puro misterio del sacrificio de Cristo perpetuado en la Iglesia, sino precisamente la celebración de ese misterio en el seno de una oración que convoca a la Iglesia a una acción de gracias por el beneficio recibido. Esa traslación semántica no deja de ser significativa a efectos de cuanto acabamos de decir. Examinemos pues uno de esos textos litúrgicos a fin de captar las lecciones que de ellos se desprenden.

La Eucaristía en la liturgia eucarística

Entre los múltiples textos que la rica tradición litúrgica cristiana nos ofrece, hemos escogido para hacerla objeto de nuestra consideración la anáfora de la llamada liturgia de S. Basilio, actualmente en vigor en la liturgia bizantina (8). Podríamos en realidad haber acudido a cualquier otro texto, ya que, con diferencias de ma-

(8) Sobre este texto y su historia, ver F. E. BRIGHTMAN, *Liturgies Eastern and Western*, vol. I, *Eastern Liturgies*, Oxford 1896, pp. 321 ss., y H. ENGBERDING, *Das eucharistische Hochgebet der Basiliusliturgie*, Münster 1931. Es reproducido y comentado por L. BOUYER, *O. c.*, pp. 289-301 (la versión castellana que citamos es la realizada por el traductor de esta obra).

tiz, todos ellos nos ofrecen, no sólo en la substancia sino incluso en los detalles, un mismo espíritu y un mismo mensaje. En un primer momento pensamos en basarnos en el Canon romano, que, por antigüedad histórica, difusión universal y riqueza doctrinal, tiene una especial autoridad. El Canon romano, sin embargo, tiene una estructura que podemos calificar de cíclica, es decir está integrado por oraciones breves en las que los temas de fondo afloran repetidas veces; eso, que es reflejo de su antigüedad, lo hace especialmente apto para fomentar la piedad litúrgica —de ahí la conveniencia de su uso privilegiado—, pero presenta un inconveniente para una exposición como la que aquí intentamos: nos hubiera obligado en efecto a unir entre sí frases provenientes de una u otra parte del Canon, lo que hubiera tal vez dado una impresión de artificialidad. Han sido pues razones didácticas las que nos han hecho elegir la anáfora basiliana: siendo un texto de elaboración tardía, posterior a los amplios desarrollos teológicos que siguieron al Concilio de Nicea, presenta una estructura lineal, que lo hace muy a propósito para una exposición docente. Completaremos sin embargo la exposición citando a pie de página las oraciones paralelas del Canon romano; así no perderemos todo lo que este texto nos enseña, y aparecerá además claramente la substancial identidad de toda la tradición cristiana, su hondura y su riqueza.

"Tú eres dueño, Señor, Dios, Padre todopoderoso, adorable, ¡cuán digno y conveniente es a la majestad de tu santidad alabarte, cantarte con himnos, bendecirte, adorarte, darte gracias, glorificarte, a tí que eres el único realmente Dios!, y ofrecerte con corazón contrito y espíritu humillado este nuestro culto razonable, pues Tú eres quien nos dio a conocer tu verdad", comienza la anáfora de S. Basilio, que enlaza esa primera invocación con la proclamación del dogma trinitario y la evocación de los coros angélicos que alaban y glorifican a Dios (9). Esa teo-

(9) "Vere dignum et iustum est, aequum et salutare nos tibi semper et ubique gratias agere, Pater omnipotens, aeterne Deus", comienzan los Prefacios de la liturgia romana, que terminan igual-

logía, en el sentido patrístico oriental de la palabra, es decir confesión y alabanza de Dios, da entrada a la economía, es decir a la descripción de la obra divina en beneficio de los hombres. "(Tú eres) santo en todas tus obras, porque todo lo dispusiste para nosotros en la justicia y en el juicio verdadero. En efecto, habiendo hecho al hombre tomando polvo de la tierra, y habiéndolo honrado con tu imagen, lo habías colocado en el paraíso de delicias, prometiéndole la inmortalidad de la vida y el goce de los bienes eternos en la observancia de tus preceptos. Pero cuando te hubo desobedecido a tí, Dios verdadero que lo habías creado, y hubo sido seducido por el engaño de la serpiente y murió en sus propias trasgresiones, lo expulsaste en tu justicia ¡oh Dios! del paraíso a este mundo... No repudiaste para siempre tu obra, que tú habías hecho en tu bondad, y no olvidaste la obra de tus manos, mas la visitaste de múltiples maneras por las entrañas de tu misericordia: tú le enviaste los profetas, realizaste milagros por tus santos que te fueron agradables en todas las generaciones, nos hablaste por la boca de tus servidores, los profetas, anunciándonos anticipadamente la salud venidera, tú diste la ley para socorrernos, estableciste los ángeles para guardarnos. Pero cuando vino la plenitud de los tiempos, nos hablaste por tu mismo Hijo, por quien habías también creado los siglos".

Al llegar a este punto, la descripción de la economía se hace más amplia y detenida: se recuerda que Cristo nació de "una Virgen santa", se glosa el paralelismo entre el primer Adán y el segundo, y finalmente se narra la culminación de la vida de Cristo: "Habiendo vivido como ciudadano de este mundo, dando las ordenanzas de la salud, desviándonos del extravío de los ídolos, nos introdujo en el conocimiento de tí, verdadero Dios y Padre,

---

mente con la evocación de los ángeles y arcángeles que sin cesar cantan la gloria y la santidad de Dios, y uniendo a esa liturgia de la Iglesia celeste la liturgia de la Iglesia peregrina y militante, que agradece la venida del Mesías: "Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sábaoth! Pleni sunt caeli et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domine! Hosanna in excelsis".

habiéndonos adquirido para sí mismo como un pueblo que fuera el suyo, un sacerdocio regio, una nación santa, habiéndonos purificado por el agua y santificado por el Espíritu Santo, él mismo se entregó en compensación a la muerte en la que estábamos retenidos, vencidos por el pecado, y descendió a los infiernos por la cruz a fin de cumplir todas las cosas por sí mismo, deshizo las ataduras de la muerte y resucitó al tercer día... y, subido a los cielos, se sentó a la diestra de tu majestad en las alturas, él que vendrá a dar a cada uno según sus obras (10).

Esa evocación del triunfo de Cristo y de su exaltación a los cielos, lleva a dirigir la mirada hacia los cristianos, peregrinos en la tierra, para advertir que, aun subido a los cielos, Cristo no los ha abandonado. "Sin embargo —prosigue en efecto el texto de la anáfora— nos dejó como un memorial de su pasión saludable... Porque cuando se dirigía a la muerte voluntaria, encomiable y vivificante, la noche en que se entregó por la vida del mundo, tomando pan en sus manos santas y sin mancha, lo partió y lo dio a sus santos discípulos y apóstoles, diciendo..." (11). Pronunciadas las palabras de la Ultima Cena,

(10) En la liturgia romana, la rememoración de las etapas y momentos fundamentales de la historia de la salvación, corre a cargo de la parte central de los Prefacios, que varían en cada tiempo litúrgico, subrayando así los aspectos más inmediatamente relacionados con el misterio que en cada tiempo se conmemora. Son especialmente ricos los de Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión y Pentecostés; tiempos que gozan también de un *Communicantes* propio donde de nuevo se evoca el misterio.

(11) El Canon romano, después de la evocación de la obra de Cristo hecha en el Prefacio, se sitúa de lleno *in medias res*, es decir en la Iglesia peregrina sobre la tierra y anhelante del encuentro con su Señor, que, por boca del ministro celebrante, se dirige a Dios Padre pidiéndole que acepte y bendiga —y por tanto santifique y transforme— los dones que le presenta: "Te igitur, clementíssime Pater, per Jesúm Christum Filium tuum Dóminum nostrum, súpplices rogamos, ac petimus, uti accepta habeas, et bendicas, haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata". Esa petición es reiterada en el *Hanc igitur* y en el *Quam oblationem*. En el contexto de esa profunda invocación teologal, de esa evocación de la trascendencia y majestad divinas y a la vez de su amor, benevolencia y misericordia, se sitúa la repetición de las palabras de la Ultima Cena por las que Cristo, Hijo de Dios enviado a los hombres, se hace presente.

el texto continúa: "Haciendo, pues, Señor, nosotros también memoria de sus sufrimientos saludables, de su cruz vivificante, de su sepultura durante tres días, de su resurrección de entre los muertos, de su retorno a los cielos, de su sesión a tu diestra, oh Dios y Padre, y de su segundo advenimiento glorioso y temible, te ofrecemos lo que es tuyo de lo que es tuyo, en todo y por todo; por causa de esto, Señor totalmente santo, también nosotros pecadores, tus siervos indignos... te suplicamos y te invocamos, Santo de los santos, por la benevolencia de tu bondad, que hagas venir tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre estos dones que te presentamos, (para que) los bendiga, los santifique y nos presente en este pan el cuerpo mismo precioso de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, y en este cáliz la sangre misma preciosa de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, derramada por la vida del mundo. Y a nosotros todos, que participamos del único pan y del único cáliz, únenos unos con otros en la comunión del único Espíritu, y haz que ninguno de nosotros participe del cuerpo y sangre de tu Cristo para el juicio y la condenación, sino que hallemos misericordia y gracia con todos los santos que te fueron agradables a lo largo de los siglos" (12).

El texto prosigue haciendo memoria de los santos y concluye con una larga plegaria de intercesión por toda

(12) De un modo análogo, y casi con las mismas palabras, en el Canon romano, a las palabras consecratorias de la Ultima Cena, sigue la rememoración de los momentos culminantes de la obra de Cristo y, a partir de ahí, el ofrecimiento del sacrificio y la petición por la santidad de la Iglesia. "Unde et memores, Domine, nos servi tui, sed et plebs tua sancta —dice la primera de las oraciones después de la Consagración—, ejusdem Christi Filii tui Domini nostri tam beatae Passionis, nec non et ab inferis Resurrectionis, sed et in caelos gloriosae Ascensionis: offerimus praeclarae majestati tuae, de tuis donis ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam, Panem sanctum vitae aeternae, et Calicem salutis perpetuae". Esas ideas se prolongan en las oraciones *Supra quae* y *Súpplices*, hasta culminar en la gran doxología final con la que se cierra el Canon: "Per Christum Dominum nostrum. Per quem haec omnia, Domine, semper bona creas, santificas, vivificas, benedicis, et praestas nobis. Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria. Per omnia saecula saeculorum. Amen".

la Iglesia militante (13), pero, a efectos de lo que ahora nos interesa, lo fundamental está dicho; podemos interrumpir aquí nuestra cita, por lo demás ya quizás excesivamente larga. Era oportuno, sin embargo, mostrar en toda su amplitud el desarrollo de la anáfora, para poder así captar sus enseñanzas. ¿Qué es en efecto lo que el texto litúrgico que acabamos de resumir nos dice?: que siempre la Iglesia —no olvidemos que los elementos que aparecen en el texto que acabamos de leer se encuentran, substancialmente, aunque en otro orden y extensión en los demás textos litúrgicos— ha sentido la necesidad de celebrar la Eucaristía en el interior de una oración que fuera, de una parte, una alabanza a Dios, y, de otra, una evocación de los *mirabilia Dei,* es decir de los beneficios que Dios ha hecho y hace a los hombres a lo largo de la historia como expresión y cumplimiento de su designio salvador. Más concretamente cabe señalar que la oración eucarística tiene un ritmo que puede ser calificado de ternario: 1.º, confesión de Dios, autor de todo cuanto existe; 2.º, evocación de los bienes otorgados por Dios al hombre que culminan precisamente en la Eucaristía en cuanto anticipo y prenda de la consumación final de los cielos; 3.º, reiteración de la alabanza, acción de gracias y petición a Dios, cuya bondad, santidad, liberabilidad y amor se han hecho patentes a través de los bienes que nos otorga y promete.

La Misa, sacrificio que edifica la Iglesia

Para comprender a fondo el sentido de la Eucaristía, hemos pues de tener presente, en primer lugar y ante todo, el misterio del amor de Dios, la realidad insondable de su benevolencia y misericordia para con los hombres. En segundo lugar, la minifestación máxima de ese amor divino: la Encarnación del Verbo, Hijo eterno de Dios Padre, asumiendo nuestra humanidad caída, para morir por

(13) En el Canon romano esa petición se distribuye en dos partes: una, mementos de vivos, antes de la Consagración; otra, mementos de difuntos y *Nobis quoque,* después.

nuestros pecados y resucitar para nuestra salvación (14). Es decir, el sacrificio de la Cruz, en la que nuestra Redención se consuma, y la realidad de Cristo resucitado, constituído por su obediencia en Señor del universo entero y en Sacerdote eterno que atrae la humanidad hacia Sí (15). Y, en dependencia de todo eso, la Iglesia, cuerpo santificado por Cristo y signo e instrumento de su presencia entre los hombres. Tal es el contexto en el que se sitúa la Misa, que se nos aparece por tanto como acto culminante de la historia de la salvación: en ella Cristo se hace presente en medio de su Iglesia, del pueblo o grey por El escogido y convocado, para santificarlo y atraerlo hacia Sí y, de esa forma, conducir todo el mundo hacia su consumación.

Es importante que recibamos esa doctrina en toda su plenitud y realidad, advirtiendo y captando todas sus implicaciones. Para ello puede ser oportuno que nos detengamos un momento para analizar una de las más graves incomprensiones a las que está expuesto el misterio eucarístico: la que deriva del pensamiento protestante y, en especial, del calvinista. La concepción luterana del pecado original como corrupción de la naturaleza humana, unida a la noción calvinista de predestinación y a la oposición dialéctica que el mismo Calvino establece entre lo finito y lo infinito, conducen a concebir la justificación como una realidad exclusivamente escatológica y a reducir la economía cristiana a una economía de sola esperanza. De ahí la visión de la Eucaristía como un rito en el que "se recuerda" la obra de Cristo. Es decir como un memorial vacío de presente, ya que en él se evocan el pasado (la Muerte y la Resurrección de Cristo) y el futuro (la consumación escatológica), pero no tiene lugar una actual comunicación de gracia.

Las implicaciones de ese planteamiento son grandes y graves. De manera inmediata, y como consecuencia del desconocimiento del realismo de la economía sacramen-

(14) Cfr. Rom 4, 24-25.

(15) Cfr. Phil 2, 5-11; Heb 4, 14; 5, 6-18 y passim.

tal que trae consigo, desemboca en un debilitamiento de la piedad eucarística en todas sus dimensiones, y con ello en un cambio de acento en toda la piedad cristiana. Mas a largo plazo, se abre a una caída en el naturalismo. En primer lugar —como ha señalado Eric Mascall (16)— porque, al negar la comunicación de gracia, no deja lugar para más sacrificio que el de una acción de gracias hecha por el hombre por sus solas fuerzas, es decir para un sacrificio concebido de manera pelagiana. En segundo lugar, y como consecuencia, porque presentar al hombre como un ser que, por hipótesis, puede realizar una acción con independencia de Dios, es decir sin recibir de Dios el ser de esa misma acción que realiza, equivale a negar la creación y por tanto a Dios mismo. Bastará, por eso, que algún pensador señale esa inferencia para que la tradición teológica protestante se vea situada frente a una disyuntiva crucial; ya que, entrada en contradicción consigo misma, no tiene otro camino de salvación que volver a sus raíces católicas, so pena de caer en un proceso de disolución. Es lo que sucedió de hecho a partir de la aparición del racionalismo, como lo manifiestan el desarrollo de la teología protestante liberal hasta su crisis a principios del siglo xx y posteriormente la aparición de la llamada teología de la "muerte de Dios", etc. Por eso si bien no compartimos la opinión de quienes afirman que el pensamiento protestante ha determinado la génesis del ateísmo moderno —en ese fenómeno influyen otros muchos factores—, sí nos parece necesario reconocer que la teología protestante no está en condiciones de oponer una adecuada resistencia intelectual al ateísmo, y que, en ese sentido, ha facilitado su difusión (17).

Ciertamente esos desarrollos no derivan de Lutero y Calvino de una manera necesaria, y suponen toda una compleja serie de influencias e incidencias históricas; si

(16) E. MASCALL, *Corpus Christi*, Londres 1969, pp. 106 ss.

(17) Aunque desde otra perspectiva, hemos tenido ya ocasión de ocuparnos de este tema en nuestras obras *Hablar de Dios* (Madrid 1969) y *Cristianismo, historia, mundo* (Pamplona 1973), a las que remitimos.

hemos hecho referencia a ellos no ha sido por afán polémico, sino para subrayar de una manera gráfica la necesidad de una coherencia intelectual que nos conduzca a tomar plena conciencia de todo lo que un dogma implica, si no queremos que permanezca en nuestra mente como una verdad suspendida en el vacío y expuesta a su destrucción. Es lo que sucede con la Eucaristía si no advertimos todo su realismo.

En resumen, la Eucaristía es ciertamente un memorial; pero no debemos olvidar que la palabra memorial (traducción del *zikkaron* hebreo, y del ὑπομνήμα griego), tanto en la liturgia sinagogal judía, que acuña el vocablo, como en la Patrística, que lo asume y emplea, tiene un sentido realista, totalmente distinto del que la frase "hacer memoria" recibe en la tradición luterano-calvinista (18). Por memorial se entiende en efecto la evocación litúrgica de los *mirabilia et magnalia Dei,* pero viendo en esa evocación no un simple hacer memoria, es decir algo que se sitúa a un nivel meramente psicológico, de modo que la única realidad actual de los hechos evocados es precisamente la que deriva de su pervivir en el recuerdo; sino una —digamos— memoria del presente, es decir un evocar ante Dios sus acciones salvíficas pasadas en cuanto momentos de un plan o designio divino que continúa realizándose ahora, y por tanto con la seguridad, basada en la promesa divina, de que Dios escucha la oración y se hace presente con su poder redentor para llevar a culminación su obra. Es pues la acción continua y la presencia actual del Dios de las promesas lo que el memorial evoca; más aún, el memorial mismo, en lo que tiene de evocación, está lleno y es hecho posible por esa presencia: es porque Dios es fiel y no abandona a su pueblo, por lo que éste puede hacer memoria de El. El acor-

(18) No es por eso extraño que una serie de autores protestantes actuales que han realizado investigaciones históricas sobre el tema del memorial, hayan evolucionado dirigiéndose hacia posiciones que se acercan a la ortodoxia católica; cfr. F. J. LEENHARDT, *Ceci est mon Corps,* Neuchatel 1955; M. THURIAN, *L'Eucharistie,* Neuchatel 1959; J. JEREMIAS, *Die Abdenmahlsworte Jesu,* Gotinga 1960.

darnos de Dios es consecuencia de que Dios se acuerda de nosotros, de que, viniendo a nosotros, nos atrae hacia Sí.

Estas perspectivas se agudizan si tenemos presente el dato central de la fe cristiana: Dios ha cumplido sus promesas; la Redención se ha realizado, los tiempos escatológicos han comenzado. En Cristo el fin de la historia, la consumación hacia la que Dios encamina su obra, está dado ya. La realidad de Cristo muerto y resucitado domina todo el acontecer que se nos aparece por tanto como el irse desplegando de la realeza de Cristo, el proceso a través del cual Cristo va vivificando todas las cosas al unirlas a Sí. La Ascensión a los cielos no significa que Cristo se haya apartado de la historia de los hombres, dejándonos abandonados en un mundo de pecado, sino al contrario que, entrado en los cielos y sentado a la diestra de Dios Padre, es decir dotado de la plenitud del poder redentor, está en condiciones de vivificar a la humanidad entera. Los sacramentos, y en especial la Eucaristía, son los actos fundamentales a través de los que Cristo interviene en la historia e incorpora los hombres a la vida de la gracia.

En otras palabras, el presente, el hoy de la vida de la Iglesia, no es un vacío en la historia de la salvación, situado entre el pasado de la vida terrena de Cristo y el futuro de la Parusía, sino un momento lleno de valor y de sentido: el tiempo de la efusión del Espíritu Santo, de la incorporación al cuerpo de Cristo, de la colación de la gracia, arras y germen de la gloria; el tiempo, en suma, durante el que se edifica la Iglesia que ha de durar durante la eternidad.

Es Cristo glorificado, constituído en Señor y Rey de la creación y en Sacerdote eterno, quien, haciéndose presente en la palabra de fe y en los sacramentos, edifica, conserva y hace crecer a la Iglesia. Por eso —dice la Encíclica *Mediator Dei* glosando la doctrina de Trento— "el augusto Sacrificio del altar no es una pura y simple conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sino un Sacrificio propio y verdadero por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo

que una vez hizo en la Cruz ofreciéndose enteramente al Padre como Víctima gratísima" (19). Como dice una famosa oración litúrgica, "cuantas veces se celebra la conmemoración del sacrificio, otras tantas se renueva la obra de nuestra Redención" (20). El sacrificio de la Misa actualiza el misterio de Cristo en su totalidad: pasado, presente y futuro, el sacrificio del Calvario, la realeza actual de Cristo, y su consumación final. De esa forma en la celebración eucarística la Iglesia "se hace contemporánea de su Señor" (21), es incorporada a su vida y edificada como Cuerpo de Cristo y Pueblo de Dios. Y de esa forma la creación entera, que en la Iglesia, sacramento universal de salvación, tiene su culmen, es llevada hacia la plenitud a que Dios la destina.

Sólo cuando advertimos esas perspectivas en toda su amplitud estamos en condiciones de entender la riqueza y valor de la Misa. La Patrística, especialmente la oriental, ha glosado este tema hablando de la relación existente entre las diversas Pascuas que se jalonan a lo largo de la historia de la salvación. La Pascua judía, en primer lugar, en la que se conmemora la salida de Egipto y se anuncia el día en el que Dios manifestará su poder, enviando al Mesías y estableciendo su Reino. La Pascua de Cristo ,su tránsito hacia el Padre a través de la muerte para recibir la gloria de la Resurrección. La Pascua escatológica de la Parusía cuando la victoria de Cristo se manifieste en toda su plenitud y el cosmos entero sea transformado y pase a su estado definitivo. Y uniéndose entre sí a todas esas Pascuas, actualizándolas o anticipándolas en el presente de la Iglesia, la Pascua de la Eucaristía (22).

---

(19) Pío XII, Enc. *Mediator Dei,* AAS 39 (1947) 548; DS 3847.

(20) Oración secreta del Domingo 9 después de Pentecostés, del *Misal romano* editado según las disposiciones de S. Pío V.

(21) J. Mouroux, *Le mystère du temps,* Paris 1962, p. 209.

(22) De este tema pascual se hace eco el Concilio de Trento, *Doctrina de ss. Missae sacrificio,* cap. 1 (DS 1741), y, con referencias breves aunque reiteradas, el Conc. Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium,* n. 47; Decr. *Christus Dominus,* n. 15, y Decr. *Presbyterorum ordinis,* n. 5.

Cada Misa es Pascua, tránsito de la Iglesia y de la creación entera hacia su fin. En ella "Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu,* con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre" (23).

Eucaristía y peregrinación de la Iglesia

Al decir que la Eucaristía edifica la Iglesia no queremos atribuir ese efecto al solo sacrificio de la Misa, que, obviamente, se celebra y adviene en una Iglesia que existía con anterioridad a ella. Cristo la ha edificado con anterioridad atrayendo hacia ella a los hombres mediante la gracia de la predicación, haciéndolos sus miembros con el Bautismo, llevándolos a la madurez con la Confirmación, regenerándolos de los pecados cometidos después del bautismo mediante la Penitencia; la ha provisto de un sacerdocio ministerial con el sacramento del Orden, y ha proveído a su continuidad mediante el sacramento del Matrimonio, ordenado a la santificación de las familias de las que nacerán futuras generaciones de cristianos.

Es pues la Iglesia, fundada, convocada y sostenida por Cristo la que celebra la Santa Misa, y la que de esa forma es llevada a su perfección. La Eucaristía es, en efecto, como gusta de repetir Santo Tomás de Aquino, citando unas palabras de Dionisio Areopagita, "el fin y la consumación de todos los sacramentos" (24). Con ella y en ella culmina la obra de la santificación iniciada por el Bautismo y proseguida y continuada por los demás sacramentos; y culmina porque en ella se contiene Cristo mismo, y en El y por El somos llevados a Dios Padre, fin y término de toda la obra de la santificación.

(23) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *La Eucaristía, misterio de fe y de amor,* en *Es Cristo que pasa (Homilías)*, Madrid 1973, n. 94, p. 203.

(24) Cfr., p. ej., *Summa theologiae,* 3, q. 63, a. 6; q. 65, a. 3, q. 73, a. 3. La frase del Pseudodionisio se encuentra en *De ecclesiastica hierarchia,* p. 1, c. 3 (PG 3, 424). De esta doctrina tomista se hace eco el Conc. Vaticano II, Decr. *Presbyterorum ordinis,* n. 5.

Hay un dinamismo de los sacramentos en cuanto ritos que significan y causan la identificación con Cristo y la unión con Dios, que encuentra su centro en la celebración Eucarística en cuanto sacrificio por el que Cristo haciéndose presente en su Iglesia la incorpora más íntimamente a Sí y la hace de esa forma más Iglesia en el sentido más pleno de la palabra: es decir, convocación divina, anticipo en la tierra de la unidad perfecta de los cielos. Conviene subrayar que este dinamismo de los sacramentos en virtud del cual se ordenan unos a otros y, en último término, todos a la Eucaristía (25), no se cierra en sí mismo, como si los sacramentos constituyeran los únicos momentos cristianos de una existencia inmersa por lo demás en la pura profanidad, en la lejanía de Dios o en el pecado, sino que se prolonga con el dinamismo de la total vida cristiana que, en virtud de los sacramentos —fuentes de vida y de gracia—, adquiere valor de culto a Dios.

Dios exige, en efecto, del hombre la entrega de su propio ser en el amor y en la obediencia. No es pues extraño que, ya desde los primeros tiempos de la Tradición cristiana, y en el contexto de las reflexiones sobre el tránsito de la antigua a la nueva economía, de la israelítica a la cristiana, los Padres pusieran de relieve que el culto que Dios busca es ante todo el culto espiritual que ofrece al hombre con una obediencia manifestada en las acciones que componen la totalidad de su vida, el que resulta de la consagración del entero ser del hombre a Dios, de modo que el sacrificio exterior nada vale si no es expresión del interior (26). Por eso, todo intento de oponer entre sí evangelización, sacramentalización y vida es falaz, ya que esas tres palabras designan tres momentos del

(25) Para una exposición de conjunto del dinamismo sacramental puede leerse con provecho, C. DILLENSCHNEIDER, *El dinamismo de nuestros sacramentos,* Salamanca 1965.

(26) Este tema está ya ampliamente desarrollado en pleno siglo II por S. Justino: *Diálogo con Trifón,* c. 117; 2; *Primera Apología,* c. 13.

existir cristiano íntimamente trabados y solidarios entre sí: la proclamación de la palabra de Dios invita y llama a una conversión y a un cambio de vida, que los sacramentos hacen posible al incorporarnos a Cristo y hacernos partícipes de su gracia, y darnos así la fuerza para santificar la vida entera.

En el existir del cristiano y de la Iglesia se da una circularidad entre predicación, vida y sacramento, que se prolongará hasta el momento de la consumación definitiva en los cielos. Porque la conversión inicial aspira a manifestarse en las obras, en las que el hombre experimenta su limitación y la presencia en él de las reliquias del pecado; lo que le devuelva a la palabra divina, para conocerse más profundamente según Dios y vigorizar su esperanza, y al sacramento, para injertar más hondamente su vida en la de Cristo, purificar sus acciones al unirlas al sacrificio de Cristo y vincularse más estrechamente con Dios que en el sacramento sale a su encuentro; todo lo que a su vez le manda de nuevo a la vida, para confirmar con las obras la fe, la esperanza y la caridad que la palabra de Dios y el sacramento han renovado en él (27).

Circularidad que encuentra su centro en la Eucaristía ya que en ella se nos da no sólo la fuente de nuestro vivir, sino el término al que ese vivir conduce: Cristo. La Misa hace que la Iglesia sea asumida por su Señor y entre en comunión con El. Su celebración a lo largo de la historia, y la prolongación de la presencia de Cristo en el Sagrario, hacen que la Iglesia pueda comulgar sacramentalmente o espiritualmente (28) con El en espera de la comunión perfecta de los cielos.

---

(27) Cfr. CONC. VATICANO II, Const. dog. *Lumen gentium*, n. 34.

(28) El tema de las relaciones entre comunión sacramental y espiritual es una cuestión muy tratada por la teología clásica: cfr. S. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, 3, q. 80, a. 1; *Catecismo del Concilio de Trento*, parte 2, c. 4, n. 55.

Eucaristía e Iglesia total

"He aquí el pan de los ángeles hecho alimento de los que caminan": esta estrofa del himno *Lauda Sion* (29) que, en cierto modo, resume lo dicho hasta ahora, nos introduce además a uno de los últimos puntos que queríamos tocar. Ya que todo cuanto hemos expuesto sobre la Eucaristía como momento fontal y punto crucial de la edificación de la Iglesia, adquiere su pleno sentido si nos situamos ante la Iglesia percibiendo la catolicidad de su misterio; esa catolicidad o universalidad que llevaba a los Padres y a los grandes teólogos de la tradición cristiana a referir a ella la entera historia del mundo, afirmando con Hermas, que "fue creada la primera, antes que toda otra cosa" (30) o con Hugo de S. Víctor que su historia se extiende "desde el comienzo del mundo hasta su fin" (31). Ciertamente la Iglesia nace de la muerte de Cristo y comienza su peregrinar en Pentecostés, pero lo que entonces acontece no es algo marginal a la historia general de la creación o fruto de una —digamos— decisión tardía y sectorial de Dios. En la Iglesia se nos revela la voluntad de Dios sobre la creación entera, y el término último al que la providencia divina dirige todo el acontecer: la ciudad de los santos, la Iglesia eterna de los cielos (32). Y es esa Iglesia eterna la que la Eucaristía edifica.

No comprenderemos jamás adecuadamente el misterio de la Iglesia mientras no superemos —y superemos radicalmente— la concepción ilustrada e idealista de la humanidad como sucesión de generaciones que perviven sólo en el recuerdo o en las obras materiales y culturales que producen; concepción que lleva a fijar la atención sólo en una generación —la presente o una utópica

(29) Incorporado a la Liturgia como secuencia de la fiesta del *Corpus Christi*.

(30) HERMAS, *El Pastor*, visión 2, c. 4, n. 1.

(31) HUGO DE SAN VÍCTOR, *De Arca Noe mystica*, c. 3 (PL 176, 688).

(32) Sobre este punto, ver nuestro ensayo *La Iglesia en el mundo*, en "Palabra", 91 (1973) 19-23.

futura— en la que toda la humanidad se ve como concentrada y resumida. Esa concepción implica una visión puramente inmanente del hombre y encierra nuestra mirada en un horizonte extremadamente limitado, impidiéndonos reconocer que —como decía Newman— "el mundo al que nosotros llamamos visible no es sino la orla de un mundo mucho más amplio, el resto del cual nos es invisible" (33). Señalemos pues que las generaciones pasadas perviven no sólo en el recuerdo y en sus obras, sino en sí mismas, ya que la muerte no destruye el alma humana. Con toda esa humanidad viviente, más aún con los ángeles y arcángeles, nos unen lazos que derivan de nuestra pertenencia a un mismo universo y de la unidad del destino a que nos llama Dios. Es a toda esa familia a la que se extiende la Iglesia, que es por eso militante, purgante y triunfante. Y es con toda ella con quien nos pone en relación la Misa. Lo que la Eucaristía edifica no es una comunidad humana que aspira a dar lugar a una Iglesia del futuro, entendiendo por tal la que conocerán las próximas generaciones sobre la tierra, sino una Iglesia que se sabe unida con la Iglesia del Purgatorio y la Iglesia de los Cielos, y destinada a durar, unida a Dios, toda la eternidad: "Una y la misma —escribía Ruperto de Deutz— es la Iglesia que se edifica en el presente siglo cuando los gentiles se convierten, y la que surgirá en el futuro cuando todos resucitemos" (34).

Todo sacrificio de la Misa tiene resonancias cósmicas: en él es sostenida la Iglesia peregrina, aliviada la Iglesia purgante, y se aumenta el gozo de la Iglesia triunfante al ver cómo el peregrinar de sus hermanos en la tierra se va acercando hacia la meta de los cielos. En cada celebración eucarística, en cada Misa, al hacerse presente Cristo redentor en el seno de la Iglesia terrestre, la acerca a los cielos, a la comunión con los ángeles y los san-

(33) J. H. NEWMANN, *Parrochial and Plain Sermons*, vols 2 y 6 (la misma idea es glosada en dos sermones sobre los ángeles).

(34) RUPERTO DE DEUTZ, *In Zachariam*, 1.2 (PL 168, 748 C).

tos (35), más aún con Dios mismo. El sacrificio eucarístico perpetúa una "corriente trinitaria de amor por los hombres" (36), en virtud de la cual la Iglesia es "un pueblo reunido a partir de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (37).

Doctrina sobre la Eucaristía, visión del hombre como ser ordenado a Dios, dogma cristiano sobre la justificación y sobre la liberalidad de Dios que no sólo promete bienes al hombre, sino que se los comunica ya actualmente, se unen con nexo profundo. Sólo en efecto si vemos al hombre como ser espiritual, al que no bastan por tanto los bienes intra-temporales e intra-mundanos, ya que debe trascender todo el orden de las criaturas para fundamentarse en Dios, es decir sólo si vemos al hombre como ser creado a imagen de Dios y ordenado a El, estaremos en condición de abrirnos a la comprensión del don que implica la Eucaristía. Si eso falta, e incluso si no se profundiza vital y realmente en todo lo que esa verdad supone, la fe cristiana no podrá informar nuestra inteligencia y nuestra vida, y por tanto la piedad tenderá a debilitarse y a caer en la superficialidad y la rutina; la Iglesia será concebida como una mera sociedad ya que nos pasará inadvertido su misterio, y la celebración litúrgica como un acto social, o una ocasión de hacer experiencias comunitarias o de reflexionar sobre nuestra vida, o cualquier otra cosa que se mantenga a un nivel meramente humano. Si en cambio, tenemos ese sentido teologal del hombre, el anuncio de la elevación a lo sobrenatural se nos aparecerá como algo que, trascendiéndolas, colma todas nuestras aspiraciones, ya que nos introduce en una amistad gratuita e íntima con ese Dios al que estamos ordenados; concebiremos a la Iglesia como

(35) De ahí la importancia que la Tradición y la Liturgia han concedido siempre a la presencia de los ángeles en la Misa; ver los testimonios citados por E. PETERSON, *El libro de los ángeles*, Madrid 1957.

(36) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *o. c.*, n. 85, p. 189.

(37) S. CIPRIANO, *De oratione dominica*, 23 (PL 4, 553); citada en la Const. *Lumen gentium*, n. 4. Cfr. G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Barcelona 1968, t. 1, p. 116-117.

lo que realmente es: la congregación de los que participan de la vida divina en espera de la plenitud de los cielos; y la celebración eucarística se presentará ante nosotros con toda su riqueza como el don a través del cual Dios lleva a su grado máximo esa anticipación en el tiempo de la intimidad a que nos destina en la eternidad.

De ahí, aunque a primera vista pueda parecer paradójico, que sea más comunitaria la Misa celebrada por un sacerdote sólo o acompañado de alguien que le asiste, pero que se abre con su corazón a Dios y a la humanidad por él llamada (38), que la que tiene lugar en un grupo, muy trabado tal vez entre sí, pero preocupado ante todo por hacer una "experiencia de comunidad" y, por tanto, centrado sobre sí mismo y cerrado a las perspectivas teológicas de fondo. El hombre encuentra la realización de su ser en la unión con Dios; y es ahí también donde encuentra, en su máxima profundidad, la unión y la fraternidad con los demás hombres. No se trata pues de desconocer el sentido comunitario de la Misa —nada más ajeno al espíritu cristiano que el individualismo egocéntrico—, sino sencillamente de partir de una noción teológica, y no meramente sociológica, de comunidad.

El realismo eucarístico

A lo largo de las páginas que preceden hemos puesto varias veces de relieve el profundo realismo del dogma eucarístico. A modo de resumen podemos decir ahora que ese realismo se mueve —y es importante notarlo— en dos direcciones: realismo sacramental-cristológico, en primer lugar, es decir presencia real de Cristo bajo las especies consagradas; realismo sacramental-soteriológico y eclesiológico, en segundo lugar, es decir real comunicación de la vida de Cristo a su Iglesia y al cristiano.

(38) Sobre la Misa sin asistencia de pueblo, cfr. CONCILIO DE TRENTO, *Doctrina de ss. Missae sacrificio*, cap. 6 (DS 1747); PÍO XII, Enc. *Mediator Dei*, AAS 39 (1947) 552-563 (DS 3849-3854); CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 27; PAULO VI, Enc. *Mysterium fidei*, AAS 57 (1965) 761.

Ambas dimensiones del realismo eucarístico están, como es obvio, íntimamente relacionadas, de modo que sólo manteniéndolas ambas se comprende la Eucaristía en toda su profundidad. Quedarse por eso en la afirmación de la presencia real de Cristo bajo las especies, no prolongando la mirada para advertir la introducción del cristiano en la vida divina que esa presencia hace posible, conduciría a una petrificación de la piedad eucarística, a una minusvaloración del carácter sacrificial de la Misa y a una debilitación del sentido de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo.

Mucho más radicalmente nos alejaría de la realidad el olvido del realismo sacramental-cristológico: es decir, de la presencia real de Cristo mismo bajo las especies consagradas. En ese caso en efecto se desconocería la realidad fontal de la Eucaristía, y por tanto toda la *veritas sacramenti* y la misma comunicación de gracia que tiene en la presencia de Cristo su raíz y fundamento. Por eso, cuando —como hace, por ejemplo, Schillebeeckx (39)— se afirma que la teología postridentina destruyó la armonía del misterio eucarístico, ya que subrayó unilateralmente la presencia real y se dejó llevar de tendencias objetivistas con olvido de las dimensiones interpersonales, y se concluye que es necesario elaborar una síntesis teológica que prescinda de la realidad de la transubstanciación, se aparta uno de la verdad, en lo histórico, y se incurre en un desenfoque total del problema, en lo dogmático. La teología postridentina tiene ciertamente limitaciones, pero lo que movió a los teólogos de esas épocas —y, antes que a ellos, al Magisterio eclesiástico— a poner el acento en la presencia real de Cristo bajo las especies y en la transubstanciación como vía hacia esa presencia, no fue un olvido de las dimensiones santificadoras de la Eucaristía, sino al contrario la preocupación por salvarlas defendiendo su fundamento. Si se obscurece o se deja en segundo término —y, obviamente, mucho más si se

(39) *Die eucharistiche Gegenwart,* Düsseldorf 1967. Para una crítica más detenida de la posición de Schillebeeckx, ver F. GABORIAU, *La Eucaristía, nuestro bien común,* Barcelona 1970, p. 11-35.

niega— la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y la transubstanciación que la explica, no se sigue en modo alguno una mayor afirmación de la vida de gracia como vida de relaciones interpersonales entre el hombre y Dios, sino al contrario —como ya decíamos al referirnos a las consecuencias del planteamiento luterano-calvinista— una minusvaloración del carácter actual e interno de la justificación, una pérdida del sentido de la Iglesia y, en términos más amplios, una debilitación de la entera fe cristiana.

Parafraseando el dicho que repetían frecuentemente los Padres antiarrianos a propósito de la divinidad de Cristo (si Jesucristo no fuera Dios, no podría divinizarnos), podemos decir aquí: si Cristo no estuviera realmente presente en la Eucaristía, ésta no sería capaz de causar nuestra santificación. Lo que, positivamente, equivale a afirmar que es a partir de la Eucaristía como conocemos y comprendemos en toda su profundidad el amor de Dios hacia los hombres, y advertimos a la vez el hondo fundamento del optimismo y la alegría propios del cristiano.

El caminar hacia la plenitud del Reino, donde Dios será todo en todas las cosas (40) debe realizarse en la fe, pero no ha querido Dios que debamos vivir la fe bajo el signo de la angustia y de la lejanía, sino bajo el de la alegría y de la conciencia de la proximidad de Dios: ha multiplicado en efecto los signos de su presencia, para que la Iglesia peregrina pueda no sólo saberse, sino sentirse unida al Dios que la ha convocado, y partícipe de esa vida eterna de la que gozará plenamente al final del camino pero de la que gusta ya anticipadamente ahora al saber a su Señor presente en medio de ella.

Monseñor Escrivá de Balaguer lo ha dicho acudiendo a una comparación muy gráfica, que merece la pena citar por entero. "Considerad —escribe— la experiencia, tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar juntas, pero el deber —el que sea— les

(40) Cfr. 1 Cor 17, 28.

obliga a alejarse. Su afán sería continuar sin separarse, y no pueden. El amor del hombre, que por grande que sea es limitado, recurre a un símbolo: los que se despiden se cambian un recuerdo, quizá una fotografía, con una dedicatoria tan encendida, que sorprende que no arda la cartulina. No logran hacer más, porque el poder de las criaturas no llega tan lejos como su querer. Lo que nosotros no podemos, lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda El mismo. Irá al Padre, pero permanecerá con los hombres. No nos legará un simple regalo que nos haga evocar su memoria, una imagen que tienda a desdibujarse con el tiempo, como la fotografía que pronto aparece desvaída, amarillenta y sin sentido para los que no fueron protagonistas de aquel amoroso momento. Bajo las especies del pan y del vino está El, realmente presente" (41).

Conclusión

Hemos llegado al final de nuestro itinerario. Podemos pues volver un instante al enunciado del tema que nos ha ocupado: "La Santa Misa, centro de la actividad de la Iglesia", para resumir brevemente las ideas fundamentales:

a) La Santa Misa es el centro de la actividad de la Iglesia porque es la fuente de su vida, ya que en ella se consuma la tarea de edificación iniciada por los otros sacramentos. La Iglesia, cuerpo de Cristo, es mantenida en su ser por la Eucaristía, a la que debe por tanto volver constantemente como a la raíz de donde dimana su vida.

b) La Eucaristía es además el término de la vida de la Iglesia, ya que en ella se nos da Cristo, Esposo de la Iglesia con el que ésta debe identificarse. En otras palabras, la Santa Misa, fuente del vivir cristiano, no es un punto de partida del que el cristiano se aparta a medida

(41) J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *o. c.*, n. 83, p. 186.

que realiza el vivir que en ella se le comunica, sino también punto de llegada, ya que esa vida es vida de Cristo y por tanto impulsa a volver a la Eucaristía, sacramento culminante del encuentro con Cristo y con Dios durante el caminar terreno. Por eso la actividad entera de la Iglesia se ordena a la Eucaristía para, a través de ella y en ella, abrirse a la comunión perfecta de los cielos.

Se ha señalado con frecuencia que toda oración viene de Dios, que invita con su gracia, toca el hombre que se advierte así creado, elevado y llamado por Dios, y vuelve de nuevo hacia Dios en forma de adoración y acción de gracias, Esa dinámica de toca oración, se realiza de modo especialmente fuerte en la Santa Misa en la que el Verbo mismo, Hijo de Dios Padre, se hace presente para llevar a su cumplimiento nuestra incorporación a El y, a través de ella, nuestra unión en el Espíritu Santo con Dios Padre; y por tanto reclama de nosotros una acción de gracias cuya profundidad haga eco de algún modo a la magnitud del don que se nos otorga.

Por este su carácter central, en la Misa confluye toda la vida cristiana y en ella deben ser vivificadas y fortalecidas todas las actitudes propias de ese vivir: la fe en la palabra divina, la esperanza del cielo, el amor a un Dios que nos ama hasta el extremo de ponerse en nuestras manos, la entrega a los demás a imitación de Cristo que da su vida por nosotros, la perseverancia en vivir según el espíritu de Cristo... Pero conviene advertir que la Eucaristía vivifica y afecta a todas esas actividades precisamente en su raíz o momento fontal: en el punto en que el hombre se abre a Dios que viene y a la vida que con su venida nos revela y comunica. En otras palabras, la Misa no es tanto el momento de reflexionar sobre sí mismo y sobre las propias responsabilidades, cuanto el de mirar a Dios y tomar conciencia de su bondad. Sólo, en suma, una Iglesia que reza está en disposición de comprender el don que se le otorga en la Eucaristía, y por tanto de hacer de ella el centro de su vivir y de su obrar.

De missa ut centro actionis Ecclesiae
(Summarium)

Eucharistia, quatenus est mysterium ac sacrificium christianum, authentica interpretatione pollet in iis textibus quibus celebratio eiusdem ab Ecclesia peragitur, videlicet in liturgicis anaphoris. Hi textus ostendunt Ecclesiam quovis tempore percepisse necessitatem Eucharistiae celebrandae in sinu alicuius orationis quae et laudem Deo caneret et Dei mirabilia commemoraret, quae quidem mirabilia in Missa culmen habent, cum sit ipsa praegustatio et pignus novissimae consummationis caelestis. Extollit liturgia indolem realem nec mere commemorativam Missae: in ea Christus, praesens, Ecclesiam rerumque universitatem ad se trahit. Eucharistiae celebratio fit in Ecclesia condicionem peregrinam degente, quae ab eadem celebratione et supponitur et assumitur ut ad suam plenitudinem perducatur. Adest igitur quaedam praedicationis, fidei, vitae ac sacramentorum continuatio quae in Eucharistia culmen habet, quatenus ea est Ecclesiae cunctae cultus et sacrificium locusque convenientiae peregrinantis, purgantis atque triumphantis Ecclesiarum Christo Domino coniunctarum. Est itaque Missa centrum actionis Ecclesiae, cum sit non modo fons vitae eius (Missa perficitur opus aedificationis aliis sacramentis initiatum), sed etiam huiusmodi vitae meta ac scopus (ipsa enim Christum elargitur, Ecclesiae Sponsum, cum quo Ecclesia unum effici debet).

NOTAS